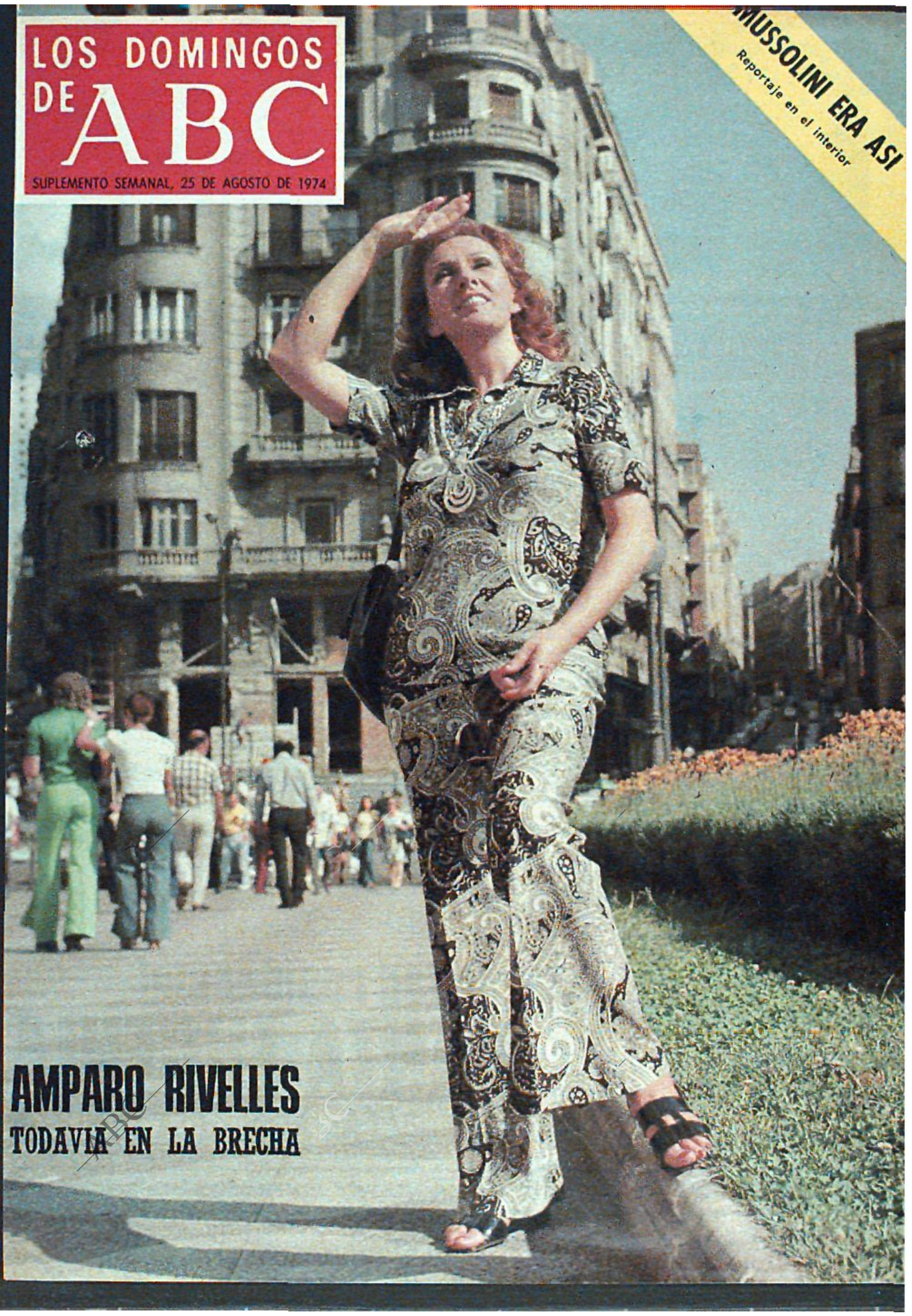


LOS DOMINGOS
DE **ABC**

SUPLEMENTO SEMANAL, 25 DE AGOSTO DE 1974

MUSSOLINI ERA ASI
Reportaje en el interior

AMPARO RIVELLES
TODAVIA EN LA BRECHA



AMPARO RIVELLES TODAVIA EN LA BRECHA

Por Manuel María MESEGUER

QUIZA, a la vista de su feroz ataque al esmalte de una de sus largas, cuidadas uñas rojas, corra usted el peligro de volverse fatuo y creerla nerviosa, a pesar de que durante dos horas ha estado ella haciendo gala de una enorme serenidad y una calma pegadiza, a pesar de la seguridad de las respuestas de Amparo —Amparito no, por favor—, del control absoluto del escote de su túnica —enmarcando las pecas justas— del revelador detalle de recibirlo sin la menor sombra de pintura en su rostro. Pero ahí está la uña descascarillada: «No, no, no es eso. Como hoy es fiesta, no pudo venir la manicura. Se me rompió esta uña, le puse un parche y en vista de los enganchones decidí arreglármela yo misma. ¿No ha visto por aquí unas tijeras? Las habrán escondido, pero mientras le esperaba a usted, estaba dale que te pego con las uñas. Sí, realmente soy tranquila, pero no gente pachona, tengo mis nervios, pero son normales, de gente normal». Así que la alegría fatua se diluye, y en cuanto a realizar una entrevista agresiva y descarada, pues tampoco, porque fijense: «Recuerdo todo lo agradable, las muchas satisfacciones; pero no las cosas feas y molestas. Cuando algo no me gusta, lo rechazo totalmente. Echo mi telón de acero y me olvido de ello». Preciso será, pues, prescindir de efectismos y transcribir, con leves acotaciones, una conversación mantenida en un Madrid vacío de coches, a la altura de un tercer piso de la calle Flor Baja, cerca de los cines, de los teatros, cerca de un pasado y lejos de un presente. Y si no, ahí está su acento, dulce y amejicano, aunque con sus ces y sus zetas matizadas, pero existentes: «Bueno, porque, pues dieciocho años en Méjico tienen que dejar una huella, ¿no? Allí solamente suavizo las eses y las zetas cuando trabajo; pero, pues tampoco se habla como en las películas que llegan aquí, de los «peladitos» y todo eso, de la misma forma que los madrileños tampoco hablan diciendo: «Pos amos a n d a», ¿verdad?». Dieciocho años trabajando en el teatro, en el cine, en las largas, monstruosas telenovelas, sin cambiar su pasaporte de tapas verdes por el mejicano: «No creo que por nacionalizarme mejicana quiera más a Méjico ni deje de ser española. Si se hubiera presentado la necesidad de un cambio de nacionalidad, no sé lo que habría hecho. Pero no ha sido así». Y es que ni Amparo lo pudo creer, cuando en 1957 le propusieron ir a Méjico a representar, durante seis semanas, «Un cuarto lleno de rosas»:

—Mi meta era probar fortuna, cambiar de ambiente, sentirme más independiente, comprobar si podía o no yo sola. Entonces esa meta la he conseguido, o sea: he llegado, he tenido éxito y la prueba es que sigo allí. Me ha ido todo muy bien, tengo grandes amigos, una vida feliz; es decir, que he conseguido la meta, claro, aunque con la reserva que tenemos todos los actores, de soñar con hacer algo mejor. Naturalmente, yo no me proponía pasarme toda la vida allí; sino llegar, tener un éxito, gustar y venir muy contenta aquí a contar mi éxito que demostraba que yo también servía. Pero, pues las cosas se fueron enredando. Hay mucha gente aquí que me pregunta: «¿Por qué no ha vuelto usted a España. Se fue

renegando, triste...?». Y no, no me fui por nada de eso. Me fui porque me contrataron, nada más simple; no odiaba a nadie, ni tenía complejos, ni trauma, ni nada; no los he tenido nunca, gracias a Dios. Lo que pasa es que de repente se encuentra uno con que se van enredando las cosas y si me va bien allí, ¿por qué me tengo que ir a otro lado?

EL PESO DE LOS APELLIDOS

Y señor, pues resulta que nos encontramos en el santuario del teatro español. En el vestíbulo ya se anunciaba, con su mosaico de fotografías, en el que predominaba el rostro etéreo, romántico, cálido, de María Fernanda Ladrón de Guevara,

«La mayor diferencia que encuentro ahora —dice Amparo Rivelles— es que me faltan muchos amigos, que no están aquí ni allí, sino en el Más Allá, y eso ha sido un gran dolor para mí.» Bajo estas líneas, la actriz nos muestra un retrato de su madre, doña María Fernanda Ladrón de Guevara, que falleció este año.







Sobre estas líneas, una imagen retrospectiva de Amparo Rivelles, antes de marcharse a vivir a Méjico, donde ha destacado como primerísima actriz. A la derecha, dos planos que reflejan su belleza hace quince años y hoy.

Reportaje gráfico de Luis Alonso

doña María Fernanda, aunque sin faltar la Amparito de antes de Méjico, el Carlos Larrañaga joven y solamente se eche en falta la de Rafael Rivelles, el hombre del que Amparo siempre ha dicho que era el mejor actor de España. «Yo vi trabajar muy poco a mi padre, pero siempre me pareció el mejor. Mucha gente dice que trabajando me parecía mucho más a mi padre que a mi madre, pero, pues eso debe ser una cosa genética, me imagino, porque con quien yo trabajé siempre fue con mi madre. Y con mi padre... Estuvimos un tiempo distanciados, bastante tiempo, pero gracias a Dios, como tres o cuatro años antes de morir él, hicimos las paces y nos hicimos amigos. Nos conocíamos muy poco en realidad, pero entonces la cosa cambió: nos hablábamos en otro tono; ya no era una niña yo, sino una mujer hecha y derecha. Intimamos y nos entendimos. Charlábamos mucho. Yo iba a su casa o nos íbamos los dos a tomar un café a cualquier sitio.» Y aquí, en el saloncito, entre el espíritu y el recuerdo,

un apellido: Rivelles Ladrón de Guevara, pesado como alforjas en Navidad: «Al principio te exigían, como si tuvieras la obligación de ser a los dieciséis años lo que ellos fueron años más tarde. Pero también ayuda, porque encuentras más facilidades que una gente que sus padres hayan sido de otra profesión. Pero es un «hándicap», porque en seguida hay que demostrar que eres digna hija de tus padres, de lo contrario dicen: «Pues qué pena, con lo buenos que son los padres y lo mala que es ella.» Y entonces, como que te pesa un poquito.» Ningún lugar mejor que éste para montar la gran tramoya del recuerdo, nada difícil la introducción cuando comienza a sonar, serena, calma, tranquila, la voz, pues como amejicanada, pero firme, de Amparo —no, Amparito, por favor— Rivelles:

—Bueno, lo de Amparito. Hace mucho me cansé y dije: «Ya está bien de Amparito», pero no me hicieron caso. Aquí en España, en todas las películas ponían Amparito Rivelles y cuando llegué a Méjico lo hice

como Amparo. Ya el nombre de Amparo no es así muy bonito, y el diminutivo me parece pavoroso. Sin embargo, tanto aquí como en Méjico, me siguen llamando Amparito. Comprendo que lo hacen por demostrar el cariño, pero, claro... Y, desde luego, mis inicios fueron mortales. La primera película que hice, a los catorce años, fue algo espantoso, se llamaba «Mari Juana». Antes estuve con la compañía de mi madre, haciendo papelitos chiquitos. Ella me decía «Hasta que no sepas andar con tacones por el escenario, ¿cómo quieres hacer un papel importante?» Y así me tuvo hasta que me lanzó en Madrid con «La madre guapa» donde yo hacía el papel de hija mayor. Mi madre fue siempre una maestra muy severa, muy dura. Me acuerdo que en el estreno de una obra me aplaudieron mucho y la gente entró luego a felicitarme. Cuando se fue todo el mundo, la pregunté a ella. «Bueno, ¿qué te pareció?» «Bien», me dijo. «No, no; bien, no. Dime qué te ha parecido.» Y ella: «Has estado muy mal. Has tenido momentos buenos, pero has estado muy mal, y ahora nos vamos a quedar en apuntador, tú y yo a ensayar.» Y después del estreno se quedó a ensayar conmigo hasta las cinco y pico de la mañana. Pero al día siguiente pude hacer el papel como ella quería. Yo alternaba el cine y el teatro. A los dieciséis hice mi segunda película, «Alma de Dios» y a los diecisiete, a ver: nací en el 25, sí, a los diecisiete hice «Malvaloca».

UNA ABUELA DE CUARENTA Y NUEVE AÑOS

Nada más lógico que la sorpresa: Nadie dice el año en que nació, Amparo. «Pues eso es problema de los demás. Si yo ahora le digo que tengo veintisiete años, usted se tira al suelo de risa, ¿verdad? Tengo cuarenta y nueve hermosísimos años. En el 42 hice «Malvaloca».»

—Después de «Malvaloca», ¿qué hice?, pues seguir cumpliendo años, eso desde luego, y también vino el éxito; fue un éxito enorme de público, de crítica, de todo; porque era una película difícil. Yo cumplí los diecisiete haciendo la película, y tenía que representar el papel de una mujer de unos treinta y cinco años. El público me tomó cariño y me sostuvo mucho tiempo. No sé, películas posteriores serían: «El clavo», «La



calle sin sol», «Fuenteovejuna», «Eugenia de Montijo», «Sor Angustias», y otras muchas que no me acuerdo, pero fueron un montón. Con los directores me llevaba muy bien, pero con los que posiblemente me compenetrara más fue con Rafael Gil, con Orduña, con Lucia. De aquellas películas históricas me acuerdo, sobre todo, de lo incómoda que me sentía con los trajes de época. Nunca me gustaron las películas de época, pero cada una que se hacía me la encasquetaban a mí; aquellas superproducciones, de grandes decorados y grandes escenarios y todos con mucha pobreza de medios. Había solamente una grúa, que se la prestaban un estudio a otro, y luego los apagones; era la época de las restricciones de luz y te quedabas a oscuras de golpe. Y, claro, las películas tardaban cuatro meses en rodarse.

Y el ambiente del Madrid alegre y confiado, del Madrid sin industrias, más animado de noche que de día; «La mayor diferencia que encuentro ahora es que me faltan muchos amigos, que no están aquí ni allá, sino en el Más Allá, y eso ha sido un gran dolor para mí. Entonces éramos muy jóvenes e inconscientes; nos divertía cualquier cosa. Mi madre pasaba grandes apuros cuando los domingos tenía que sustituirme para poder ir yo a la corrida. He sido muy mimada. Y mis amigos, pues Luchy Soto, Luis Peña, Fernando Galiana, Pepe Bienvenida, Pastora Peña, los Dominguites, todos los Bienvenida también. Era un grupo muy heterogéneo, siempre dentro del arte. Y también solía estar con Miura, Tono, Conchita Montes, todo aquel grupo que nos sentábamos a hablar mal de todo el mundo y a divertirnos como locos. Había otros grupos que conocía, también muy inteligentes, pero con los que tenía menos confianza, porque eran como más sesudos y más serios, y a mí lo que más me importaba era divertirme. Con Alvaro de Laiglesia también lo pasaba sensacional.» Y luego vino aquella hija, María Fernanda, como la abuela, y las entrevistas de los reporteros de entonces, preguntándole a Amparito: «¿Qué prefiere matrimonio sin amor o amor sin matrimonio?» «Y contesté que lo segundo. Sigo siendo de la misma opinión. Los periodistas me hacían todo tipo de preguntas. Como siempre he sido bastante franca y bastante bruta, se divertían mucho haciéndome preguntas de esas, pensando que me iban a poner en un aprieto.» Amparo tenía entonces veintiséis años.



Amparo Rivelles, en su casa de Madrid, junto a los recuerdos de otra época. El vestíbulo es un buen mosaico de fotografías, donde predomina el rostro etéreo, romántico, cálido de María Fernanda Ladrón de Guevara, su madre.

UNA OVACION DE SEIS MINUTOS

—Desde que nació me la llevaba a todas partes. Era siempre la sogá tras el caldero. Adonde me fuera, venía ella. También a Méjico, y allí sigue. Se enamoró a los siete años de su novio, que tenía nueve. Entonces vino un día a decirme «Mamá, tengo novio». Y yo la dije esas cosas que decimos las mamás de broma: «¡Ay qué bien, que mona!» Pues se ha casado con él. Ninguno de los dos ha tenido otro novio que ellos mismos. Son los amantes de Teruel, y ha sido una historia de novela. Ya me han dado una nieta, que tiene un año y diez meses. ¿Por qué? Yo tuve a mi hija porque quise, porque siempre he sido como muy maternal. Y tuve suerte, claro, porque nunca recibí ni un desprecio, ni una mala cara de nadie, al contrario, todo el mundo me paraba por la calle: «¡Ay, Amparito, nos han dicho que tiene usted una niña preciosa, ¿cómo se llama? Todos los días salía con ella a la plaza de España y se acercaban

montones de gente, admiradores, personas que yo no conocía de nada, para ver a la niña y felicitarme. ¿El padre, dice? No. La tuve yo, no el padre.

Y se puede hablar también del amor, Amparo, porque una mujer así debe recordar incluso su primer amor: «Creo que tendría siete años, más o menos. Me enamoré de un actor, Luis Tordesillas, que tendría unos treinta años más que yo. Lloraba mucho, porque, claro, iba al cuarto a verlo maquillarse y me echaba, ¡cómo no me iba a echar, si yo era una macaca! Luego me he enamorado muchas veces, pero enamoramientos así, de gente joven. Siempre que hablan del amor de un actor o una actriz parece que tiene que ser mucho más intenso que el del resto de la Humanidad, y siempre preguntan: ¿Y aquel amor que tuvo usted...? Pues nada, nada, como el de una prima suya, que tuvo un novio, lo dejó y se casó. Pues lo mismo.» Y ya estamos alambicando las cosas, como si de por sí no lo estuvieran, preguntando lo del común denominador entre los hom-



bres de los que Amparo se ha enamorado: «Pues físicamente no, pero sí moralmente. O sea: me gustan las personas íntegras, odio la falsedad, la traición, prefiero la franqueza brutal, aunque sea grosera, a esa cosa ladina que tiene alguna gente. Una cosa también fundamental es el tacto. Hay personas a las que les das la mano y sabes que nunca podrías ser amiga de ellas. No sé, pequeñas cosas, matices.»

—Y entonces llegué a Méjico. El público me recibió así como de una forma increíble, ¿no?, sin saber todavía si era buena o mala. En el momento de salir a escena me acogieron con una ovación de seis minutos, que se dice pronto, seis minutos aplaudiendo. Yo casi no podía hablar. Se me despegaron las pestañas postizas de la emoción; y, pues, como dicen, de allí al Real. Tuve mucha suerte y no he parado de trabajar. Fui a La Habana a cumplir un contrato de cuatro semanas y me quedé dos años; descansaba tres o cuatro meses y me iba a Méjico a hacer teatro con Manolo Fábregas. Y así hasta que llegó la revolución cubana y me fui definitivamente a Méjico, y allí seguí y sigo, con éxito y con suerte. Y de teatro, en Méjico, lo he hecho todo, desde lo dramático a lo cómico. No sé. «La enemiga», «Tía Men», «La viuda Blanca», «Dueña y señora», «Morena Clara», «Melocotón en almibar». Una serie de cosas. Y una telenovela cada año,

«Recuerdo todo lo agradable —confiesa Amparo Rivelles—, las muchas satisfacciones; pero no las cosas feas y molestas. Cuando algo no me gusta, lo rechazo totalmente. Echo mi telón de acero y me olvido de ello.» A la derecha, Amparo Rivelles cuando tenía cinco años. Bajo estas líneas, una foto de hace diez años, en la que aparece con su hija.



de esas de sesenta o setenta capítulos, aunque ahora las prefieren más largas y llegan a los doscientos o trescientos. Les encantan las telenovelas largas y no solamente en Méjico; en Perú hacen telenovelas de seiscientos capítulos. Y de las que he hecho, pues «La leona», que tuvo mucho éxito; «Doña Macabra», de humor negro; «Sin palabras»; «Lágrimas amargas», sobre la vida de Eva Perón. Muchas. La última ha sido «La hiena», que ha tenido un éxito enorme. Y es curioso. En Méjico existe un porcentaje de actores españoles tan elevado, que puede llegar al 50 por 100 del conjunto.

TRES AMORES: SU HIJA, SU NIETA Y EL TRABAJO

Méjico, el Eldorado del artista español. Amparo Rivelles apenas se ha movido del rincón del sofá donde se instaló al principio de la charla. De vez en cuando ha preguntado: «Pero, de verdad, ¿no quiere tomar nada?» Manejando el instante con absoluta pericia. Sonriendo cuando se le dice que no da la imagen de abuela: «¡Ah, bueno, pero pues esos son los buenos ojos con que usted me mira. No sabe el gusto que me da, porque cuando voy arregladita estoy más mona.» Aplicándose con sumo gusto, a sus anchas, a la disciplina de una conversación para el periódico: «Y claro, cómo no, he tenido amistades, no solamente exiliados españoles, sino de todas las ideologías y confesiones: ateos, masones, árabes, israelíes, y luego, comunistas, republicanos, socialistas, franquistas» «¿Franquistas en Méjico, Amparo?» «Sí, sí los hay. Hay muchos franquistas, como hay muchos anti-franquistas. Pero en casa está prohibido hablar de dos temas: la política y la religión. Hay muchísimos temas de los que hablar para no caer en esos.» «Pero, bueno

sted ha faltado de España todos estos años.» «No, que va. Todos los años hacía un viajecito, aunque fuera de un mes o menos para ver a mi madre. Este año me avisaron que había tenido una embolia y salió el día siguiente.»

—Acababa de terminar el rodaje de «Pre-agio» con Alcoriza, sobre un librito de García Márquez. Dos días hacía cuando me avisaron. Pude venir y estar con ella hasta el final. Cuando murió, pues imagínese. Está esa trase que dice: «Agárrate a la brocha, que te voy a quitar la escalera». Pues te quitan la escalera. Pero bueno, tiene que ser. El dolor que tengo no creo se pase nunca, pero es un dolor dulce, tranquilo, con muy bonitos recuerdos. Regresé luego a Méjico para doblar la película, en la que precisamente mi personaje es una solterona de pueblo que está medio loca, porque se le ha muerto la madre.

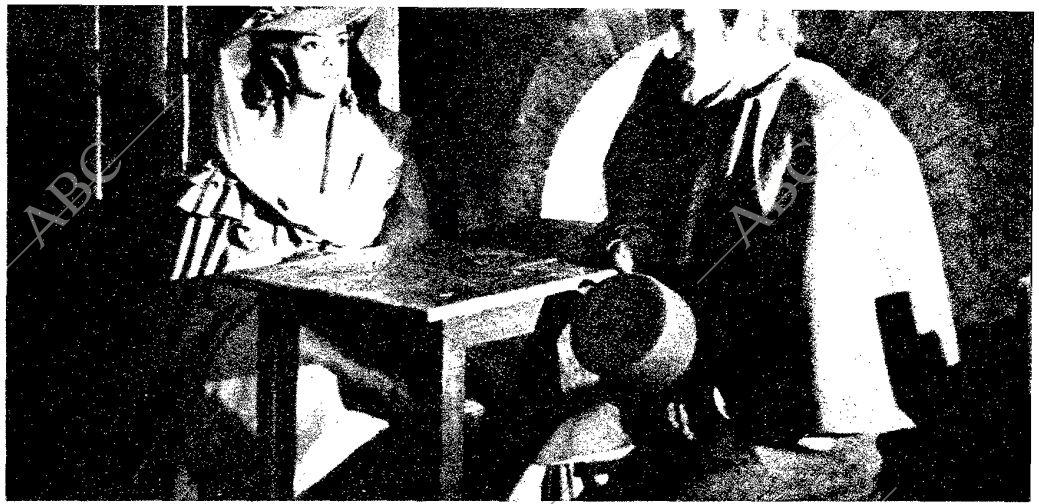
Solamente un hueco en una de las paredes del salón: el que debería estar ocupado por el retrato a la acuarela que le hicieron a doña María. Fernanda hace muchos años: «Le ha ocurrido como al "Retrato de Dorian Gray". Mientras vivió mi madre, se mantuvo bien el cuadro, pero desde el mismo día que murió comenzaron a salir rayas en los lugares que a las personas nos salen las arrugas. Tanto «envejeció» el cuadro, que hemos tenido que enviarlo para su restauración.»

Y de nuevo a España a rodar su tercera película desde que a los treinta y dos años tomó el portante: «Hace mucho, quince años o así, vine a hacer una película con Arturo de Córdoba, que se llamó «El amor que yo te di». Al mismo tiempo que pidió Lucía que hiciera un papelito cortito, casi un chiste, en «Un ángel tuvo la culpa». Esta de ahora es totalmente distinta.»

—En «La madrastra» hago un papel difícil, difícil, porque es la primera vez que hago uno de este estilo, porque siempre he hecho personajes de señoras, madres abnegadas, esposas engañadas, y en éste hago de prostituta. ¿El público? No se, yo tengo mi miedo y mis nervios. Estoy mucho más segura que antes, desde luego, porque, claro, el tiempo no pasa en balde, y en esta profesión el tiempo es una ayuda, porque vas aprendiendo más, vas teniendo más matices. Así que como actriz, me van a encontrar mejor.

En Méjico le espera, además de su hija, y su nieta, el trabajo, un duro trabajo: «Lo más inmediato es una gira por Estados Unidos —Puerto Rico, Miami, San Francisco, Chicago, Houston, San Antonio, San Diego, El Paso, Hollywood, Los Angeles y Nueva York— de quince o veinte días, que te matas, porque es un «show» que hago sola: hablo con el público, recito algún monólogo, cuento cosas, de vez en cuando canto alguna canción. Es un dineral lo que se gana, también es un público adorable y apasionado, pero es una «matada». Y deseo preparar con tiempo «Anillos para una dama», que quiero que vaya José Luis Alonso a dirigirla.» Y así, con esa actividad que trasluce, con esa juventud que se sospecha, habría que preguntarle por qué no se casó, aunque sea a fuerza de hacerla sonreír para emitir su jeroglífico: «Porque no quise, después no pude y luego no quise.» Y a lo mejor, todavía: «Todo tiene su momento y su edad. Me he enamorado muchísimas veces, unas veces más y otras menos, pero fue a su tiempo y no creo que sea este el momento justo para enamorarme yo ahora. Ya tengo mi amor, tengo el amor de mi nieta, que es preciosa y tengo una hija que es celosísima y si me ve un escote un poco más grande me dice: «Ay, mamá, por Dios! Pues podías subírte el escote. Estás mejor más tapadita.» Tremebundo. Y entonces tengo mucho trabajo, muchas satisfacciones, muchas alegrías, me encuentro muy completa, muy a gusto, sin nada más.»

Manuel María MESEGUER



Varios momentos de la vida artística de Amparo Rivelles.

De arriba a abajo, una escena de la versión teatral de «El clavo» que representó en 1946;

un fotograma del filme, «De mujer a mujer»; otro más reciente de la película «La madrastra»,

en la que la actriz hace un papel «difícil, porque es la primera vez que hago uno de este estilo, porque siempre he hecho personajes de señoras, madres abnegadas, esposas engañadas...».

En la última imagen una escena de la película «Un ángel tuvo la culpa», en la que aparece junto a Emma Penella.

